



REVISTA DE LOS CAZADORES.

CAZA DEL ELEFANTE.

I.

Vamos á ocuparnos de un animal el más grande bajo todos conceptos: el elefante.

Este soberbio habitante del Asia y del Africa, venerado por los antiguos, respetado por los modernos, y de una historia no poco brillante, dá lugar á cacerías grandes y arriesgadas, en que se ocupan los soberanos de la India.

El elefante se ha usado por los ejércitos antiguos para trasportar castillos y soldados, para batir los muros y para abrirse paso por entre las filas de los enemigos. Los usó Alejandro, se sirvió de ellos Annibal y los adoptaron los romanos. Los indios antes, ahora y siempre los llevan delante de sus tropas.

Hoy sirve á los indios este *paquidermo* para los días de gala. En las comitivas reales van elefantes con anillos de oro y ricas mantas. Los reyes de la India tienen en sus cuarteles, cuidados con mucho esmero por los esclavos, doscientos ó trescientos de estos soberbios animales. Esto dá lugar á grandes cacerías, hechas con mucho aparato y mucho gasto.

Mas antes de hablar de la caza del animal

que hoy nos ocupa, daremos á conocer algo de su zoología.

Poco nos detendremos en la descripción de su figura, porque ¿quién no ha visto un elefante en las casas de fieras ó en las colecciones que trasportan algunos, de nacion en nacion y de pueblo en pueblo, para ponerlos á la espectacion pública?

De todo el mundo es conocida la mole de materia que entra en la composicion de este animal. Su cuerpo mide más de tres varas de alto y otras tantas de largo; nadie habrá dejado de notar la desnudez casi completa de su piel; no á pocos habrá chocado sus grandes orejas aplastadas contra la cabeza, y los movimientos que hace con ellas para quitarse el polvo de los ojos y ahuyentar las moscas; á todos habrán llamado la atención sus colmillos largos y pesados, de los cuales se saca el marfil para tantos usos de la vida, y su prolongada nariz, que se conoce con el nombre de *trompa*.

Los ojos del elefante son muy pequeños, pero brillantes y vivos; y si es verdad que los ojos son el espejo del alma, esto es, de los sentimientos, nunca podrá aplicarse este axioma vulgar mejor que al elefante; pues en efecto, en su mirada marca los va-

rios sentimientos de gratitud, de cariño, de rabia, etc.

El órgano del oído está muy desarrollado en él, le gusta muchísimo la música y empieza á quererle mover al compás de las notas.

No es ménos admirable su olfato; le agradan mucho los perfumes, y sobre todo las flores, de las que hace un ramillete con su delicada trompa; lo huele y saborea sus perfumes; cuando se ha cansado de él, se entretiene en meterlo y sacarlo de la boca, hasta que al fin lo come. La flor de naranjo es de su predileccion; de este árbol come las hojas y las ramas tiernas; del coco, plátano, palmera y sagú, come hasta los troncos. El sentido del olfato le tiene en la extremidad de la trompa, la que remata en una concavidad parecida á una taza; en esta concavidad hay dos orificios, que son los traslatores de las sustancias odoríferas, y sirven tambien para la absorcion. El tacto del elefante está tambien en la extremidad de la trompa, en cuya concavidad hay por debajo una prolongacion en forma de dedo. Su tacto es tan fino y delicado, que puede coger los objetos más diminutos y hacer los trabajos más delicados.

El cuello es muy delgado y poco flexible, por cuya razon no le es posible bajar la cabeza para comer, por lo que hace uso de la trompa, con la cual coge los alimentos y los lleva hasta la garganta.

Su boca, el miembro sexual y la cola son muy pequeñas; el cuerpo muy grueso y pesado, cubierto de una piel dura, gruesa y callosa; las pestañas pobladas de cerdas muy largas; la cabeza es pequeña y disforme; la cola, de dos ó tres piés de longitud, delgada y puntiaguda, tiene en la extremidad un mechón de cerdas brillantes, sólidas y negras, el que usan los indios como uno de los mayores adornos. Toda esta masa disforme y voluminosa está sostenida por cuatro patas macizas, derechas y poco flexibles, por cuya razon le cuesta trabajo el doblar la rodilla, y cuando son viejos ó están enfermos, les es casi imposible doblarse, y duermen de pié y apoyados sobre un árbol muy corto; las patas traseras son más altas que las delanteras, y los piés, compuestos de cinco dedos cubiertos de una materia córnea, son tan cortos y pequeños que parece carecen de ellos.

El elefante es ordinariamente de un color pardo ceniciento ó negruzco; sin embargo, se ven, aunque muy pocos, blancos y rojos, sin que esto sea más que un accidente, y sin que se pueda determinar morada fija para cada color.

El elefante coge en su trompa una gran cantidad de agua, y la arroja á una gran distancia. En los colmillos tiene muchísima fuerza, pues con ellos coge un hombre y le estrella contra el suelo, arranca de raíz un árbol, y puede batir con ellos un muro antiguo.

El elefante, cuyo andar es pausado, mesurado, hunde su planta en tierra, oyéndose el ruido que produce á bastante distancia, y dejando á su paso una huella de más de quince pulgadas de diámetro; por esta razon es muy fácil seguir su rastro.

En su paso natural puede andar sin esfuerzo de quince á veinte leguas por día, y aguijándole sube á cuarenta leguas la distancia que recorre.

Esto es lo principal que puede decirse en cuanto al individuo. Hablemos ahora sobre la especie.

Los elefantes viven en familia, constituyen una tropa bastante numerosa y se reunen con un orden admirable: abre la marcha el más viejo, sigue á este el segundo en edad, y así sucesivamente; los más débiles en edad ó fuerza se colocan en medio.

Las hembras llevan á los hijuelos abrazados en sus trompas al emprender una marcha peligrosa.

Cuando se hallan en algun peligro se avisan mutuamente y se preparan para la defensa.

El exceso del calor les incomoda mucho, y para preservarse de él se retiran á los bosques más espesos donde haya sombra, y se bañan dos ó tres veces al día. El frío les perjudica tambien, por lo que apenas residen más que en climas cálidos.

El elefante no es feroz ni sanguinario, sino noble y pacífico si no le atacan; pero tan pronto como vea la menor injuria del hombre ó de cualquier animal, se dirige decididamente al ofensor con paso igual y sostenido, le alcanza y agarra la presa con su trompa, la coloca en los colmillos, la arroja en alto con furia y fuerza y concluye de matarla á patadas; este soberbio cuadrúpe-

do lo mismo se venga del feroz leon, á quien pasa con los colmillos, que del más débil animal. Si alguna vez ha estado expuesto á las asechanzas de algun cazador, no lo olvida, pues su memoria es muy poderosa y aprovecha la primera ocasion para vengarse.

El alimento ordinario de los elefantes consiste en raices, yerbas, frutas y semillas; no come carnes, y por esto no persigue á ningun animal.

Es muy terrible una tropa de elefantes en un campo cultivado á causa de la inmensa cantidad de vegetal que comen, pues llega á 20 arrobas, y lo que destruyen bajo sus plantas no puede calcularse; por esto tambien se ven precisados á mudar frecuentemente de domicilio para buscar más yerbas.

Los negros para ahuyentarlos usan de hogueras y mucho ruido, y entonces todos juntos toman el partido de permanecer indiferentes, atacar ó huir. Generalmente huyen de las hogueras y más especialmente de los fuegos artificiales y de los petardos.

No pueden pasar sin agua, y los charcos donde beben los enturbian.

El aseo de los elefantes llega á un extremo admirable. Despues que se han bañado llenan la trompa de agua, la echan en grandes chorros hácia arriba y á los costados, despues la extienden por todo el cuerpo con fuerza, hasta que están satisfechos de la limpieza.

El pudor se manifiesta más desarrollado que en ningun otro animal. Cuando entran en el celo, que es regularmente de tres en tres años, se divide la tropa en parejas y va cada una por su lado; penetra en lo más espeso del bosque, y cuando se ha cerciorado de que está sin testigos, aun de su misma especie, se entrega al amor y deleites de la naturaleza.

Todavía es un misterio para los naturalistas el acto de propagacion de estos seres, pues no hay un caso siquiera que haya sido visto; ¡á tanta altura llega el pudor en estos animales!

La hembra está preñada dos años y el hijuelo que nace es del tamaño de un jabalí gordo, y apenas se le marcan los colmillos. Á los seis meses llega á tener la dimension de un buey, y los colmillos están bastante crecidos.

El elefante habita en las orillas de los ríos, en los valles hondos, en los lugares sombríos y en general en todos los puntos húmedos de los países meridionales de Asia y Africa. El término medio de su vida, desentendiéndonos de las exageraciones de algunos naturalistas, es de doscientos años en vida salvaje y propagan hasta los ciento y veinte. En estado doméstico apenas viven arriba de ochenta y cinco, y en los climas templados ménos, pues á pesar de que pueden vivir en nuestras zonas, tienen un amor inmenso al país y clima nativos.

(Concluirá.)

J. SPINELLI.

EL CIERVO Ó VENADO.

Siendo difícil una pintura ni más exacta ni más hermosa que la hecha por el conde de Buffon acerca de la excelencia de este animal y de su caza, no podemos contener nuestro deseo de empezar este artículo trasladando algunos párrafos.

«Hé aquí, dice el celebre naturalista, uno de aquellos animales inocentes, apacibles y tranquilos, destinados, al parecer, para hermosear y dar vida á la soledad de las selvas y ocupar lejos de nosotros los asilos pacíficos de estos jardines de la naturaleza. Su forma airosa y ligera, su estatura bien proporcionada, sus miembros flexibles y nerviosos, su cabeza adornada, más bien que armada, de un bosque viviente que, como la cierva de los árboles, se renueva todos los años; su tamaño, su ligereza y su fuerza le distinguen bastante de los demás habitantes de los bosques; y así como es el más noble de ellos, así tambien sirve para la recreacion de los hombres más nobles y distinguidos. El ciervo ha ocupado en todas edades los momentos de descanso de los héroes: el ejercicio de la caza debe suceder á los trabajos de la guerra, y aun precederlos: saber manejar los caballos y las armas, son talentos comunes al cazador y al guerrero; el habituarse al movimiento y á la fatiga, y la destreza y la ligereza del cuerpo, cualidades tan necesarias para auxiliar y aun para sostener el valor, se adquieren en la caza, y se ponen en práctica en la guerra; la primera es la escuela agradable de un arte necesario, y al mismo tiempo el único entretenimiento que distrae enteramente de los negocios, el único descanso, sin delicadeza, y el único que dá un plan vivo sin languidez, ni arrepentimiento, sin mezcla y sin saciedad.»

Los ciervos ó venados son, de las tres especies, los de presencia más hermosa y ga-

llarda; sus formas son más redondas, el cuerpo más recogido y el cuello más dilatado: su tamaño es mayor que el de los gamos ó paletos; tienen como estos mucho oído, vista y olfato, pero mayor fuerza, particularmente en la cabeza, y una agilidad extrema. El pelo es pardo-oscuro-ceniciento, las orejas son mayores, saltan mucho á lo alto y más á lo ancho, y nadan con admirable destreza.

Los machos son mayores que las hembras, y sus cuernas redondas, altas y en forma de ramas; estas las hacen hasta los ocho años, pero sin echar un candil más en cada año, como algunos suponen, pues el mayor ó menor número de dichos candiles, segun la opinion general, procede de la edad y de los mejores ó peores pastos que hay en los sitios en que habitan, y segun lo más ó menos fuerte del invierno, sin que aquellos les estorben para correr ni pasar por las mayores espesuras; sólo cuando desmogan en el mes de Marzo buscan los montes bajos, talleres y tierras claras, con objeto de no tropezar con las cuernas nuevas que tienen tan sensibles como un nervio y cubiertas de una pelusa como el melocoton, y las cuales no renuevan por completo hasta el mes de Julio, en cuya época vuelven á sus parajes querenciosos, que son los montes altos, espesos y sombríos.

La causa del desmogue de los corzos, gamos y ciervos se atribuye á que sus cuernas son macizas, y sólo están pegadas por encima al casco de la cabeza, y no como los cuernos de los demás animales, que son huecos y nacen de aquella.

En otro artículo hablaremos del gamo y corzo.

El ciervo deja muy impregnado su olor en la huella, por cuya razon los perros le persiguen con más facilidad que al gamo y al corzo; pero no tienen estos ni tanta astucia, ni tanto valor como el ciervo para sustrarse á la pericia de los buenos perros. Son innumerables los ardides de que se vale. Cuando se ve fatigado y conoce le van faltando las fuerzas, se reúne con otros para desorientar á los perros y dividirlos, huir hacía donde haya río ó laguna y pasarse á alguna isla, volver, pico á viento, formar círculo en la carrera y cuanto la imaginacion puede discurrir para libertarse del alcance de los perros, más aún que del hombre.

Estas y otras muchas causas que pudiera indicar son las que desorientan al montero, sin contar las estaciones del año que hacen variar todas las formas de la cacería, pues la huella que quedó impregnada en invierno, y por la cual el montero viene en conocimiento de la res que sigue algunas veces, en verano no puede contar con tal auxilio. Cuando hiela mucho, la huella de la noche

por la mañana tiene tela de la escarcha, pasando para el poco conocedor por muy antigua. Cuando el ciervo marcha cuesta abajo su huella es mucho mayor que la que marca en llano. En la primavera aún es más difícil el cazar el ciervo, pues la abundancia de yerbas y flores de los campos producen un olor que desorienta á los perros.

De los mismos medios de que se vale el cazador para la caza menor, usa para la de reses; pero generalmente solo se pone en práctica el ojeo, y correrlos á caballo con perros, cosa muy expuesta aun en los parajes en que pueda verificarse.

Del ojeo ó batida trataré con alguna extension por requerirlo así el gran interés é importancia que merece, como la mucha diversion que produce esta clase de cacerías, pues si bien es cierto que las reses pueden cazarse tambien á espera, tanto en los parajes donde comen, como en los que beben, ó en mano, no lo es menos que por lo regular siempre se hace á ojeo, como medio más seguro para conseguir mejor el objeto.

Tanto por esto como porque haciéndolo así se proporciona el tirar no solo todas las diferentes especies que hay de aquellas, sino tambien el jabali, me parece conducente el entrar desde luego en la descripción de las cacerías mayores, dejando, para cuando se trate de cada especie de reses en particular, el hablar de los demás modos que pueden emplearse para cazarlas aisladamente.

(Continuará.)

C. HIDALGO.

UNA CACERÍA DE GAMUZAS.

Estando el año 1840 en los baños de Baréges, donde habia ido á acompañar á mi padre, que estaba algo enfermo, me encontré un dia con un amigo del país que me ponderó mucho la caza del *Isard*, que no es más ni menos que la gamuza (antilope rupicapra), y que, segun me dijo, se hallaba con más frecuencia de lo que muchos creían en las vertientes españolas del Pirineo.

Como el estado de mi padre no ofrecia nada de grave, y además tenia allí varios amigos que lo distraían con su compañía, determiné pedirle permiso para ausentarme por tres ó cuatro dias, para ir á aquellos sitios á ver si podia traer alguno de estos animales. Concedido el permiso, con la cláusula de comprometerme bajo mi palabra de honor á no meterme con los osos que decian se solian ver por aquellos sitios, y que acepté de no muy buena gana, llamé á un guia conocido y le dije de lo que se trataba, quedando en salir aquella noche pa a Gavarnié, donde tomaríamos tres famosos cazadores del país, que co-

nocian á palmos el terreno y todo lo concerniente á la caza. Busqué una escopeta de dos cañones, que me facilitó un amigo, así como las municiones y avíos precisos, y á la tarde salimos á caballo el guía y yo, debiendo tomar otros guías en Luz.

Cuando llegamos allí no encontramos caballerías por estar todas alquiladas, y tuvimos que esperar que volvieran y comieran un pienso de avena remojada en vino blanco para poder seguir adelante, porque los caballos que llevábamos no eran propios para los sitios que teníamos que cruzar. Al fin, confiados en la luna, continuamos nuestra marcha por aquellas pintorescas gargantas, que otros han descrito ya, y de que yo no pude enterarme bien, pues á poco de salir de Luz se levantó una tormenta que nos puso durante algun tiempo en bastante peligro, porque era tal la oscuridad que no veíamos las cabezas de nuestros caballos. El guía era de opinion de volver atrás, pero no conformándose yo, soltamos las bridas para que los caballos guiados por su instinto nos hicieran el favor de sacarnos á salvo al través de aquellos precipicios, como por fortuna lo hicieron, hasta que pasada la tormenta y volviendo á alumbrarnos la luna, pudimos apretar el paso y llegar á la posada de Gavarnié bien tarde. Llamados los cazadores y convenidos en lo que habia que hacer y llevar, nos despedimos hasta el dia siguiente.

Por la mañana temprano montamos á caballo el guía y yo, habiendo salido delante los tres cazadores Baptiste Bareilles, Laurent Passet y Nicolás, con un muchacho para traerse los caballos desde el famoso Circo de Gavarnié. Nada diré de este ni de su cascada, pues demasiados lo han hecho ya. Desmontamos, almorzamos, los montañeses se repartieron el peso de los pertrechos y provisiones, y principiámos á trepar por una escalera perpendicular de rocas, en la que un mal paso nos hubiera precipitado desde una altura desagradable, pero que hubiera ahorrado gastos de médicos y botica. Despues de mucho tiempo, llegamos por fin á un sitio de mejor camino, pues no pasaria la pendiente de 45 grados, pareciéndome, comparado con el anterior, poco ménos que un llano. Descansamos un poco, y continuamos la ascension, sin suceder nada digno de contarse más que el ver una ó dos gamuzas á distancias enormes, pero que por la pureza de la atmósfera parecían, á ojos ménos prácticos que los de aquellos montañeses, estar á medio cuarto de legua. También vimos un lago hermoso en lo alto de una de aquellas gargantas, y despues, al lado de un ventisquero de nieve, una choza de piedra seca apoyada en un peñasco que formaba un poco de cueva. Este palacio, de unas tres varas en cuadro por una y media de alto, y

en el que habia que entrar á rastra por un agujero de media vara junto al suelo, era el albergue de los pastores españoles en el tiempo que pastan por allí sus ganados, y el sitio donde teníamos que pasar la noche ¡los cinco! Al oír este anuncio me quedé atónito y más helado que el inmediato ventisquero, pues no concebía cómo nos habíamos de colocar: pero como la cosa no tenia remedio y no queria ser ménos que los otros, callé y ví que recogían ramas secas y otra leña menuda que otros sin duda habrían dejado allí, pues en las inmediaciones no se veían árboles, y que preparaban dentro de un rincón de la choza lumbre para calentar nuestra cena y nuestros cuerpos, que ya iban sintiendo el frío que en aquellos parajes altos se deja sentir muy bien, aun en el verano, así que se pone el sol. Viendo, pues, que no habia remedio, entré en la choza y me senté en el suelo (pues la altura no permitía estar de pié) y aguantando el humo, que no tenia más salida que las rendijas entre las piedras, comí unos cuantos bocados de carne, me tendí boca abajo en el suelo envuelto en una manta, y de este modo pude respirar mejor, pues el humo llenaba todo el interior de la choza, dejando sólo unas 15 pulgadas medio libres junto al suelo, y recordándome la gruta del Perro, cerca de Nápoles, donde sucede exactamente lo contrario. Así pasamos la noche, cuidando por turnos los montañeses de que no se apagase la lumbre ni nos sorprendiese algun oso ó lobo curioso.

Al ser de día el frío nos hizo despertar, y despues de avivar la lumbre y almorzar, echamos á andar hácia la «brecha de Rolando,» célebre en aquel país por sus tradiciones y porque allí principian los ventisqueros que alimentan las cascadas de Gavarnié. Cruzamos sin novedad, aunque no sin caídas, el ventisquero de la brecha, y pasando por ella nos hallamos en España, y en el verdadero principio de nuestra cacería.

Ya llegados al cazadero, los tres cazadores se fueron cada uno por su lado á explorar el terreno, quedándome yo con el guía á esperar noticias. Despues de esperar una hora vino Laurent Passet diciendo que en un valle á la izquierda nuestra habia visto una familia de gamuzas y que seria fácil pudiera yo tirar alguna, porque se habian metido en un rincón donde los peñascos cortados á pico no les dejaban salida, y que yendo él á media legua más abajo para cortarles la salida podria también quedarse con alguna á la huida, para lo que era preciso que el guía, despues de ponerme en un peñasco de cuyo nombre no me acuerdo (aunque motivos tengo para no haberlo olvidado), fuera al momento á reunirse con él en el desfiladero á fin de tapar un boquete por donde se podían ir si no habia allí nadie. No habiendo tiempo de avisar á los otros ni de espe-

rarlos por no perder una ocasión tan poco fácil de encontrar otra vez, nos dirigimos, tan de prisa como lo permitía el terreno, hacia el punto donde se separaban nuestros caminos, tomando al Sur Laurent, y nosotros al Este, llegando en poco tiempo al punto designado para mí.

Era este puesto un peñasco desnudo que dominaba á 300 ó 400 pies de altura una garganta de un tiro de bala de anchura. No parecía sino que un capricho de la naturaleza había cercado aquel valle con una muralla de piedra, con una cornisa de roca que, sobresaliendo tres ó más varas sobre su base, inclinándose hacia adentro, hacia imposible á todo ser que no fuese pájaro ó mosca, la salida de aquel pozo, á no ser por el fin del valle que es por donde debía adelantar Laurent después de un rodeo que no le ocuparía menos de una hora, teniendo yo entretanto que esperar en silencio y sin dejarme ver, hasta que me avisara la vista ó un tiro, que ya había tropezado con la caza.

No teniendo, pues, nada que hacer, creí que lo mejor sería buscar un abrigo en frente del sol y echarme á fumar contemplando el magnífico horizonte que se presentaba ante mi vista, y recordando antiguas historias cuyos sucesos habían pasado en los campos que veía, ó al ménos desde los cuales se veían las cumbres en que me hallaba.

El sitio que escogí no estaba lejos del punto donde me habían dicho esperarse, y formaba una plazuela alargada de Norte á Mediodía, bien expuesta al sol y resguardada del aire fresco que corría, y que después del ejercicio de la mañana no agradaba. El suelo estaba bastante inclinado hacia el precipicio; pero como no era tanto que incomodase y se formaba de guijarrillos y arenas que presentaban ménos dureza que los riscos de al rededor, creí no podría hacer cosa mejor que tenderme allí con los pies hacia la parte baja y con la escopeta sobre los muslos. Al cabo de un rato, creyendo oír un leve ruido, me incorporé para observar si veía algo que pudiera interesarme, y no observando nada me volví á dejar caer, cuando ¡figúrese el lector mi sorpresa! noté que, aunque muy lentamente, la capa de terreno sobre el que me hallaba tendido, estaba en movimiento escurriéndose por la pendiente abajo hacia la cornisa, llegado á la cual era inevitable un salto mortal (pero sin colchones) de más de 100 varas.

No gustándome esta idea, traté de levantarme de un salto y subir á escape á la roca firme; pero ví con harto pesar que cada esfuerzo que hacía sólo aceleraba la marcha del terreno, y que en vez de ganar terreno lo perdía, hallándome ya bastantes varas más bajo que cuando principié á moverse. En este caso, y sabiendo que de nadie podía esperar auxilio, reflexioné qué probabilidad

des me quedaban de poder detener mi bajada, y sólo encontré la de que extendiéndome, cuan largo era, y poniendo la culata de la escopeta entre mis talones, con la uña hacia abajo, formando como una reja de arado, acaso tropezase con alguna aspereza de la capa inferior de roca sobre que descansaba la de aluvion que me estaba llevando, aunque despacio, mucho más de prisa de lo que quisiera, á hacer una experiencia de la velocidad de los cuerpos que caen: por lo tanto, apreté cuanto pude la culata hacia abajo con los pies, y sujetando los cañones con la mano, me dejé llevar sin hacer más movimiento que el preciso para seguir en línea recta. Ya estaba demasiado cerca de la última cornisa, cuando sentí un pequeño choque en la culata de la escopeta viendo, con el placer que cualquiera puede figurarse, que mi movimiento progresivo se había detenido, mientras continuaba todo marchando á mi rededor; en este estado pasó un gran rato hasta que, estando todo sosegado, levanté con precaución la cabeza y ví que toda la tierra y piedra menuda suelta había desaparecido cayendo al valle, y que haciendo un esfuerzo vigoroso podría subir por el camino que había bajado, sin verme envuelto otra vez en una bajada de terreno. Respiré un rato para reparar la tensión nerviosa que sentía, y levantándome con precaución y recogiendo mis fuerzas, me lancé en seis saltos á la cresta de roca maciza, donde me habían dicho que me quedara, y cuyo abandono por mi parte pudo haberme costado caro.

Después de un pequeño rato que empleé en serenarme un poco, lo cual no extrañará el que se haya librado de un peligro semejante, volví á pensar en mi cacería y me adelanté, cuidando de no pisar más que en firme, hasta hallar un sitio desde el que veía cuanto pasaba en el valle. A poco tiempo ví venir de la parte de abajo hacia donde estaba en acecho unas gamuzas que, á pesar de la distancia, creí ser dos hembras, un macho hermoso y dos hijos: parecían algo recelosos, y comprendí que habían ventado á Passet y al guía, por lo que se internaban más en el valle; á poco rato pasaron casi debajo de mí, y no teniendo paciencia para esperar más, por lo sobreescitado que me hallaba, me fijé en el macho y le tiré; lo ví caer y volverse á levantar huyendo hacia el otro lado del valle, acompañado de su familia, con la velocidad del relámpago; pero apenas habían corrido, ó más bien volado, cien varas (pues de cada salto se llevaban diez pasos), cuando el eco del tiro, repetido por las rocas de enfrente, les hizo sin duda creer que por aquel lado les hacían otra descarga, y pasando otra vez por delante de mí, les solté el otro tiro sin poder ver el resultado, tomando entonces valle abajo á tropezar con Passet, cuyos dos tiros oí

al poco tiempo, y después vi á lo lejos cruzar tres bultos por un parche de nieve á una legua de distancia, dirigiéndose hacia otros precipicios lejanos. Nada me quedaba ya que hacer más que volver á cargar, por lo que pudiera suceder, y esperar á que se me reunieran el guía y Laurent, que lo hicieron una hora después con el macho que yo había tirado, que cayó poco antes de llegar donde estaba el guía, quien lo degolló y vació para traerlo á cuestras, y una hembra y un cabrito que mató Passet. Ya los estómagos pedían socorro y los compañeros necesitaban algún descanso, por lo que subimos otra vez cerca de la brecha á comer, mientras adquiríamos noticias de los otros ó los veíamos venir.

Estando en esta operación, llegó á nosotros un pastorcillo enviado por ellos para decirnos que habiendo visto una manada de gamuzas á Ponteniente, y observado desde lo alto de un pico de aquellos nuestras evoluciones, por las que conocían que habíamos encontrado reses, habían resuelto ir en busca de aquellas, y se nos reunirían á la noche en la choza, y que entre tanto les enviásemos con el pastorcillo algo que comer. Visto esto, que yo había logrado mi objeto de matar una gamuza, cosa que pocas veces consigue un aficionado, que me sonreía poco la idea de pasar otra noche en la choza, y que teníamos tiempo, dándonos prisa, para llegar con luz al Circo de Gavarnié, pues no es lo mismo subir que bajar, y que desde allí á la posada podríamos llegar en poco tiempo, porque siempre se encuentra gente por allí, determiné mandarles el pastor con lo que pedían y la gratificación que les correspondía, y decirles que si llegaban antes de las once del día siguiente, nos veríamos en la posada, y sinó cuando yo volviera por allí, que sería pronto, como en efecto lo fué. Nosotros, cargando Laurent Passet con la cabra y el cabrito y el guía con el macho y demás trastos, nos encaminamos á Francia, llegando sin novedad al Circo, donde tuvimos la suerte de encontrar á uno que llevaba dos caballos de vacío á Gavarnié. En uno cargamos la caza; en el otro subí yo, y llegamos á la posada á buena hora de cenar bien y dormir mejor. Al día siguiente, viendo que tardaban los compañeros, salimos cada uno con su gamuza á la grupa, llegando á Baréges á la hora del paseo y recibiendo los plácemes de los conocidos, y en particular de mi muy querido amigo Valentin de Jarbes, quien nos dió las instrucciones necesarias para que con parte de la carne nos hicieran un delicioso *civet*, que en nada le cedía al célebre «Rehbrauten» de Alemania. Una de las pieles la hice disecar con el cabrito á sus pies, y la tiene mi buen amigo D. T. B. de la Roda, y la otra está aún á los pies de mi cama.

Esta es la relación de uno de mis antiguos recuerdos de caza; si no parece demasiado pesada á mis compañeros de afición, puede que cualquiera día dedique un rato de ocio en contarles algún otro.

R. A. M.

HISTORIA MALLADA AL PIE DE UN ARBOL.

Cuando yo me veía en las escarpadas sierras de Nava-Cerrada, ya á pie, ya á caballo, calzada con botas de caza, vestida con un traje corto y mi pequeña carabina á la espalda, cubierta la frente con el ancho sombrero de fieltro, que lo mismo podía librarme de los abrasadores rayos del sol que de los menudos copos de nieve, el universo entero desaparecía para mí; y sólo miraban mis ojos las jaras que ocultaban al ligero gamo ó á la tímida cervatilla que, huyendo ante mí, con su carrera provocaban la mía.

Los acechos de rojo ladrillo; las blancas casitas de espera sembradas aquí y allá en el verde bosque, á manera de ovejuetas que, golosas de pacer los tiernos retoños, se hubieran separado del rebaño; los pequeños torrentes y amenos valles, que parecen otros tantos jardines en miniatura, todo, todo pasaba á mi vista en confuso torbellino; tal era mi pasión por la carrera, en la cual apenas me paraba un instante para cargar la escopeta.

De este modo pasaba el día: la noche se encargaba después de poner fin al neorama, que había tenido para mí la duración de las vistas de una linterna mágica. Cuando á la mañana siguiente, sentada en el tocador, veía en rededor mio las prendas que habían constituido el traje de caza, la fiebre había desaparecido; me quedaba sólo esa languidez, ese cansancio que se siente después de una noche de baile.

En el segundo caso, las cintas, las flores, los encajes, los diamantes son los despojos del tocador, y las frases de amor, las ardientes miradas y las dulces sonrisas componen el tesoro de los recuerdos. Entonces se cierran los ojos para ver mejor, y el pañuelo que se acerca á nuestros labios ó el cabello destrenzado que viene á rozar nuestra mejilla, es el que tiene la misión de completar este cuadro de óptica, recordándonos nuestro perfume favorito.

El traje de caza tenía también para mí su perfume, que no me era ménos grato por ser más agreste. El tomillo, el cantueso, la salvia, la mejorana, la dulce berberna y la ardiente menta impregnan de tal manera las ropas y el calzado con su aroma acre y penetrante, que después de muchos días excita aún el deseo de aspirarle una y otra vez. Los perfumes campestres y el ardor de la carrera fueron siempre los mayores atractivos que ofrecieron á mi imaginación los días de caza: por esto jamás pude acostumbrarme á la de espera; y aun en los casos en que el silencio es de absoluta necesidad, no me era posible hacer el sacrificio de estar más de cinco minutos con la escopeta apoyada en tierra. Cuando alguna vez ocurría ser necesario el acecho, solía separarme de mis compañeros para entregarme á mi ocupación favorita, esto es, á la carrera, y disparar, aun cuando fuera al acaso, haciéndolo muchas veces, ya á la rama de un árbol, cuya forma caprichosa había chocado á mi vista, ya á la pobre flor que se balanceaba sobre su tallo.

En una de las ocasiones en que me entregaba á este instinto, que bien pudiera llamársele destructor, pues había disparado mi carabina con intencion de romper la rama de un espino florido que, enlazándose á un corpulento roble, formaba con sus blancas flores mil caprichosas guirnaldas, me encontré al pié de dicho árbol la triste y poética historia que voy á relataros á continuación. Perdonad, si antes no he podido resistir al deseo de pintar algunas de las impresiones que me producian en mi juventud las escenas que dejo referidas.

Al pié del roble encontré una cartera, cuyo broche suelto había permitido que salieran de ella y se esparcieran por el suelo varios papeles, algunos escritos mucho tiempo antes, á juzgar por su tinta amarillenta y por estar ya rotos sus dobleces; otros debian tener una fecha muy próxima, y en el tronco del añoso árbol leíase grabado recientemente este dulce nombre:

ISABEL.

I.

«Querido Enrique: Pronto tendré el gusto de abrazarte: me decido por fin á visitar la Italia, de que tantas veces hemos hablado, y que después me has descrito con todo el entusiasmo de tu rica imaginación. Ya recordarás que no te acompañe por no disgustar á mi buena y cariñosa madre; mas hoy se presta gustosa á mi deseo. ¿Y sabes por qué salgo de Madrid, Enrique? ¿Sabes por qué dejo las frescas márgenes del Manzanares, los gigantescos y frondosos árboles del Prado y del Retiro, sus murmuradoras fuentes y sus verdes y risueñas alamedas? Pues lo dejo todo, porque estoy enamorado, ciego y apasionadamente, con un amor que durará tanto como mi vida. Ya te veo sonreír, no porque dudes de mi pasión, pues muchas veces hemos recorrido juntos el poético campo de los espacios imaginarios, según dicen los racionalistas, y siempre hemos convenido en que el verdadero amor sólo se siente una vez; y al decirte yo que amo tú me crees: te miro sonreír al ver la contradicción que resulta de cuanto llevo dicho, pues parece que trato de huir de mi misma felicidad. Esta contradicción te la explicará cuando te abraze tu amigo de corazón.—L. M.»

II.

«Mi caro amigo: Como mi viaje se demora por algunos dias, no puedo renunciar al placer de hablarte de ella antes de mi arribo á tu lado.

Empezaré por decirte que si no he salido ya de la corte, según mi deseo (siguen las contradicciones), lo debo al excesivo cariño de mi querida madre, porque no quiere que yo carezca de nada mientras esté lejos de su lado; y como nuestra fortuna es muy módica, hemos tenido que esperar la recolección de los pocos bienes que sabemos poseemos en Andalucía.

Mientras llega el deseado momento de mi partida, te diré cómo y dónde la conocí: te pintaré, si esto es posible, su ideal belleza y la causa que me impule á separarme de su lado, con la esperanza de que llegue un dia en el cual merezca la dicha de vivir para ella, y poder decir con justo orgullo que se lo debo todo. Pero estoy hablando en cifra, y esta epístola va teniendo todas las apariencias de un logogrifo.»

Aquí habia algunas líneas tachadas, y luego seguia la carta de este modo:

«Ya no será hoy, mi querido amigo, cuando te pinte, ni la angelical hermosura de mi amada, ni mis locas y quizá irrealizables esperanzas. Mi buena, mi adorada madre está enferma, y quién sabe si seré yo la causa, pues aunque ella misma es quien me anima á que emprenda mi viaje á Italia, como único medio de labrar mi porvenir, no por eso deja de sentirlo profundamente, y mucho temo que esto haya contribuido á la alteración de su salud. Estoy desesperado, Enrique; si perdiera á mi cariñosa madre no me consolaría jamás, pareciéndome ver en esta pérdida la reprobación del cielo por mi amor á Isabel.

Adios, amigo mio, te abraza.—L. M.»

III.

Las líneas que anteceden parecian ser borradores de cartas escritas al amigo Enrique por el dueño de la perdida cartera.

Las hemos colocado al principio, porque al ordenar los papeles nos ha parecido que en ellos empezaba el enlace de los sucesos que se desprendian del resto. Lo que sigue son apuntes sueltos.

«Hoy 8. ¡Dios mio, morirá mi madre! ¡Qué solo me parece el mundo cuando vuelvo mis miradas al lecho en que padece la que me ha dado el ser, y considero que quizá dentro de algunas horas solo será un cadáver!

Dia 9. Gracias, Señor, gracias. El médico dice que espera salvarla.

Dia 10. ¡¡Salvada!! Hoy vuelvo á la vida: en estos momentos duermo mi madre, y los aprovecho para coordinar en mi memoria lo que ha pasado al derredor mio.

Hace ocho dias, mi buena madre se ocupaba en los preparativos de mi viaje á Italia, y yo escribía á Enrique diciéndole que pronto estaría á su lado, y además le hablaba de mi amor: le prometía contarle de qué modo conocí á Isabel. ¡A Isabel! ¡Pobre ángel mio! ¡Qué pensará de mí al notar que no voy, como antes, á situarme frente á sus balcones, ó á verla pasar reclinada en el carruaje, para recoger su celestial sonrisa! . . .

Mi madre despierta: vuelo á su lado.

¡Cuánto me ama mi adorada madre! ¡Con qué solícito cuidado se ocupa de todo lo que me interesa! Al recobrar parte de su salud, lo primero que hizo fué hablarme de mi proyectada partida. Ella sabe que yo abrigo una pasión digna, y que el objeto de ella es digno también. Por eso dice que debo marchar á Italia, el país de las artes. Tú serás un buen pintor, hijo mio, me dice; un pintor de génio; y un hombre de verdadero talento se lo merece todo, si á él reúne la honradez y probidad que yo deseo ver en tí. El padre de tu amada es noble y rico, pero amante de las artes estima en mucho el verdadero mérito, y cuando vea en tí un gran artista y que su hija te ama, no se opondrá á que seas felices.»

Hasta aquí seguian los apuntes que parecia haber tomado durante la enfermedad de su madre; luego continuaban otra vez los borradores de este modo:

«Amigo mio: Vuelvo á tomar el hilo de la historia de mis amores en el punto que la deje cuando enfermó mi querida madre; pero antes permíteme darte gracias con toda la efusión de mi al-

ma por las consoladoras frases de tu carta. Ya sé que me amas como á un hermano, y puedes estar seguro que mi afecto en nada es inferior al que tú me profesas.

En una de mis últimas epístolas te prometía contar como la conocí, y por esta circunstancia empezaré ahora.

Ya sabes que en pintura lo que más me gusta es el paisaje, y como la corte, pese á sus apasionados, tiene la peor campiña del mundo, preciso es buscar en otra parte puntos de vista que ofrezcan belleza y magestad. Con este motivo hago pequeñas escursiones. En una que hice este verano á las pintorescas sierras de Navacerrada fué donde conocí á Isabel, quedando ciegamente apasionado de ella.

Estaba yo dibujando la perspectiva que ofrecían dos pequeños torrentes, despeñándose por un lecho de azulada pizarra, cuando sentí á mi espalda una fresca risa seguida del murmullo de dos voces, una de las cuales parecía decir frases de despecho: las dos eran de mujer y de mujer joven.

La natural curiosidad me impelió á dejar á un lado el lápiz y la cartera, levantándome para sorprender si era posible, á las Driadas del bosque, pues tales me parecieron cuando las ví, sobre todo la más niña.

Figúrate, amigo mío, una mujer, ó mejor dicho, una hada: tanta era la gracia y gentileza de todo su ser.

Alta, esbelta, blanca, diáfana, con rubios y rizados cabellos, ojos del azul purísimo de los cielos, y labios que darian envidia al coral más rojo y brillantado que ha salido jamás de los mares, y tendrás una idea de Isabel. Su compañera era morena, pero encantadora: las dos estaban á caballo y llevaban ricos y elegantes trages de caza.

Mientras la linda rubia se impacientaba, su gentil amiga reía, al parecer, de la mejor gana del mundo.

—Sois una niña, mi querida Isabel, la decía riendo, y no puedo consentir en vuestras locuras, dejándoos poner en pié sobre el caballo por el gusto de coger una rama de espino. Si yo alcanzara la cortaría con el mayor placer; pero ya estáis viendo que no puedo, por más que me esfuerso en agradaros.

—Pero la cortaré yo, si me lo permitís, señoritas, dije presentándome.

Las dos jóvenes se sorprendieron, mas no pareció disgustarlas mi oferta. La que su compañera había designado con el nombre de Isabel quiso disculparse; pero su graciosa amiga tomó la palabra, diciendo:

—Sí, sí, caballero; háganos V. el obsequio de cortar esa florida rama, pues aunque yo trataba de capricho el deseo de esta niña, la verdad es que me alegraría sobremanera complacerla.

Ya te acordarás de mi habilidad para trepar por los árboles en busca de nidos, por lo cual me fué sumamente fácil satisfacer el deseo de las bellas amazonas: entregué, pues, la perfumada rama á la hermosa rubia, que me dió las gracias con una deliciosa sonrisa; me despedí de las dos, que se volvieron alegremente á reunir con sus compañeros, y yo torné á mis lápices, profundamente preocupado por la celestial vision, que pasando ante mi vista dejó en mi fantasía una estela luminosa.

Aquel a noche soñé con ella, y desde el día inmediato me dediqué á buscarla con ardor, porque me parecía imposible vivir sin volverla á ver,

figurándome que mi tranquilidad dependía de encontrarla.

Muchos días trascurrieron sin conseguir mi deseo; pero al fin, una tarde, cuando tenía ya casi perdida la esperanza, la ví en el Prado, reclinada en un ligero y elegante carruaje, y acompañada de un anciano de simpático semblante, el cual la contemplaba con cariñosa adoración. Volvíme á todos lados, buscando un rostro conocido á quien preguntar el nombre ó título del caballero en cuestión; pero no viendo á nadie, continué mi paseo, hasta que por fin hallé á nuestro común amigo Flores.

—Silverio, le dije, te necesito.

—Soy tuyo, me contestó.

—Pues sigamos, y cuando yo te indique una carretela abierta, color de cereza, dime el título de sus dueños.

—Si los conozco.

—Se supone.

Pocos segundos despues de este corto diálogo, pasaba junto á nosotros el carruaje, y Flores, avisado por mí, levantó la cabeza, haciendo más de lo que yo esperaba, pues saludó al caballero y sonrió á la joven.

—¿Son esos personajes los que deseas conocer? me preguntó.

—Sí. ¿Los tratas tú?

—Tratarlos precisamente, no; pero el conde....

—¿Ah! ¿conque es un conde?

—¿Qué tiene eso que te sorprenda?

—Nada. Sigue.

—Pues bien, el conde suele visitar el estudio, y con este motivo le saludo y me saluda.

—En cuanto al caballero, pase; ¿y la joven? (empezaba á sentir celos).

—La joven es su hija; y creo que saludando al padre....

—Tienes razon. ¿Y sabes que es muy bella esa señorita?

—¡Bellísima! me contestó.

—¿Dices que el padre....

—Sí, es el conde de S., y visita con frecuencia el estudio.

—Luego ¿es apasionado del arte?

—Apasionado é inteligente, lo que es aún mejor; pero ¿á qué esas preguntas? me dijo por fin Flores.

—Aún no lo sé: ya hablaremos. Adios.

Despedíme de Silverio, y me retiré á casa medio loco. Como ya sabía el título, fácil me fue hallar la morada de Isabel. El día siguiente y muchos despues los pasé devorando con la vista los elegantes miradores de su palacio. Ella estaba allí y me sonreía como un ángel. Frecuenté los paseos en que esperaba encontrarla, y siempre una dulce mirada era el premio de mis afanos.

Visité el estudio de Flores, y en él ví al conde de S., hallándole tal como me lo había pintado nuestro amigo; pero yo aún no era mas que un aspirante á la gloria, y necesitaba ser un verdadero génio para hacerme digno de la mano de mi amada. Entonces pensé en Italia, Enrique; pensé en tí, en tu talento y en tus consejos, de los que hoy tengo tanta necesidad.

Despues abrí mi corazón á mi buena madre, que con su cariño ha hecho milagros en este asunto. Por ella he sabido que Isabel me ama, y que su padre adora en ella, y antes que hacerla desgraciada, consentirá en darsela por esposa al hombre de su eleccion, aunque no tenga timbres de nobleza, siempre que sea bueno y honrado.

Esto me consuela; pero yo deseaba ofrecer á

sus piés, ya que no una corona de conde como la de su padre, al ménos los laureles concedidos al talento.

Adios, amigo mio; ya sabes la causa que me saca de esta corte. Si consigo mi deseo, y además vivo algun tiempo á tu lado, nada faltará para la felicidad de
L. M.»

Aquí llegaba de la lectura, y sólo quedaban ya algunos fragmentos, que me disponia á registrar como habia hecho con el resto.

Porque al comenzar estas mal perfeñadas lineas, me olvidé, amigo lector, de manifestarte dos cosas. La primera que, como buena hija de Eva, soy en extremo curiosa; y la segunda, que es consecuencia precisa de la primera, fué decirte que al hallar la cartera abierta y los papeles diseminados, lo primero que hice fué arrimar mi carabina al árbol más inmediato y ponerme á devorar su contenido.

Bien conozco que esto es un grave defecto; pero valga como disculpa la franca confesion. Además, que desde luego pensé hacer uso de todo ello para solaz del público que me dispensa la honra de leer mis pobres elucubraciones.

Aquí llegaba, repito, cuando se me reunieron mis compañeros.

—Buena ocupacion has tomado, me dijo riendo mi amiga Matilde. No hay duda que si de este modo hacemos la guerra á las liebres y perdices, pronto nos retirarán la licencia de caza, por miedo á que descastemos el bosque.

Volví la cabeza con bastante mal gesto, tomando la carabina y guardando los papeles en mi bolsillo.

—Vamos, no te incomodes y guarda tu secreto, me repitió cariñosamente.

—¡Oh! No lo es para tí, la dije poniendo en sus manos la cartera. Acabo de hallar esto, y una vez leído el primer párrafo, me interesó tanto, que no pude dejarlo.

—¿Qué es ello?

—Toda una historia de amor; pero falta el desenlace, y mucho me temo que haya sido un tanto dramático, pues se trata de un pintor y una joven aristocrática, lo cual dice contrariedades y obstáculos.

—Has excitado mi curiosidad; más nos es peran.

—Bien; hablaremos más tarde.

Nos reunimos á la batida y seguimos cazando el resto del día.

Lo abundante de la caza en toda la falda de Nava-Cerrada, hace que los aficionados vuelvan siempre contentos; pero en cambio carece de peripecias, pues si se exceptua la especie de venados, conocidos en el país con el nombre de *paletos* á causa de la forma particular de sus astas, piezas que tienen sus guaridas en lo más intrincado de la sierra, el resto se halla con tal facilidad, que á veces dá lástima hacer uso de las armas; porque es muy comun ver una jabalina con sus hijuelos solazarse tranquilamente en un arroyo, mientras pasan á su lado caballos y ginetes, y solamente huyen á la aproximacion de los perros, más bien incomodados por los ladridos que temerosos del ataque.

Todos hicimos nuestro agosto, como se dice vulgarmente, inclusa vuestra humilde servidora, que hirió é hizo su prisionera de guerra una hermosa corza que, curada cuidadosamente, causó sus delicias durante mucho tiempo.

Volvimos, pues, alegres y gozosas al lindo pueblecito que lleva el mismo nombre de la sier-

ra. Tanto Matilde como yo estábamos impacientes, ella por conocer los papeles, y yo por ver si el resto ponía en claro lo que habia sido de Isabel y de su amante, y qué significaba aquel nombre grabado en el roble, al pié del cual habian sido halladas por mí las referidas memorias.

Así que, una vez en mi cuarto, acompañada de Matilde, abrimos la cartera y juntas nos pusimos á comentar su contenido.

No fué pequeña mi sorpresa cuando á los pocos minutos la oí exclamar:

—¡Pobre Isabel! ¡Pobre Luis!

—¿Cómo? ¿Conoces tú los personajes de esta historia?

—No sólo los conozco, me contestó, sino que yo soy la amiga de quien habla Luis en sus cartas cuando refiere á Enrique su primer encuentro con Isabel, y nadie como yo puede darte á conocer el desenlace que tanto anhelas.

Lo que me refirió Matilde de los desgraciados amores entre Luis M. é Isabel, hija del conde de S., es lo que sigue á continuación.

(Concluirá.)

SOFIA TARTILAN.

CORRESPONDENCIA.

Sr. DIRECTOR DE La Caza.

Madrid.

Muy señor mio y de mi mayor aprecio: He tenido el gusto de leer el primer tomo de «nuestro periódico, como lo llaman los aficionados, y por si acaso pudieran servir algunos de mis recuerdos de caza en la mayor parte de Europa durante treinta y cinco años, como ripios para llenar algun hueco entre cosas de mucho más interés y merito, le incluyo á V., con el titulo de *Una cacería de gamuzas*, un pobre episodio, que si le parece ménos mal que á mí (1), puede V. aprovechar para el uso indicado, y si lo cree V. tan inútil como yo, recordaré el epigrama de Villergas:

«Un escritor de esta edad,
Que es un pedazo de atun,
Decía con gravedad:
Yo escribo para el comun,
Y era la pura verdad.»

Le deseo á V. buen éxito para su publicacion, que ya ha pasado la época más difícil, y que espero, así como todos nuestros compañeros de afición, que siga prosperando cada día más. Aprovecho esta ocasion de ofrecer á V. mis pobres servicios en cuanto le pueda ser útil su seguro servidor Q. B. S. M.

R. A. M.

Sr. DIRECTOR DE La Caza.

Muy señor mio y estimado amigo: Agradecería á V. se sirviera dar cabida en su apreciable Revista á las siguientes lineas, relativas á una cacería verificada ayer en el real sitio de San Fernando, del cual he hablado ya en otra ocasion.

(1) El Director de este periódico cree que los trabajos de un cazador tan práctico é inteligente como el Sr. M., son de mucha utilidad y honran las columnas de *La Caza*.

Tomadas las medidas oportunas para no exponernos á otro nuevo chasco como el que nos pasó hace tiempo, salimos de esta corte en el primer tren de la mañana para la estación de Torrejón, punto en el cual debería juntarse con nosotros un entusiasta cazador, joven oficial del regimiento de Borbon de caballería, que á la hora convenida salió de Alcalá, en donde está acantonado, y al cual encontramos á nuestra llegada á la citada estación de Torrejón. Reunidos ya los cuatro que componíamos la partida, con otros tantos perros, nos pusimos en marcha hácia el sitio del Castillo, en el soto del real patrimonio de San Fernando.

Serían las nueve de su mañana cuando principiáramos á dar las primeras manos, llevando el guarda encargado de la custodia de este delicioso sitio el eje de la derecha, y como es consiguiente, bajo su dirección: los perros, deseosos de principiar, bullían de uno á otro lado y casi todos en general levantados: no se pasaron muchos instantes sin que un nutrido fuego reinara en todas direcciones, produciendo en su consecuencia la muerte de algunos conejos que, á la verdad, sabían defenderse tanto de los perros como de las escopetas, pues en este hermoso sitio, como en todos los demás sotos, hay mucha maleza, y á veces se hacía imposible poder tirar como se debía á la caza en general, especialmente á la de volatería, que tiene una grande defensa con los muchos árboles que hay; así es que al ir á encanionar una perdiz, chocha, etc., quedaba el cazador burlado y sin disparar.

Fueron repetidas las manos que se tuvieron que dar sobre el mismo terreno, pues sucedía en general que la mayor parte de los conejos se quedaban sin salir, á no ser que los perros se tirasen á ellos.

En resumen, querido Director, el día se pasó bien, matando algunos conejos, perdices y chochas: los perros se portaron. Por desgracia la noche vino á sorprendernos, poniéndonos en marcha para la estación de Torrejón, en donde despedimos á nuestro compañero el oficial, que salió á las nueve para Alcalá y nosotros á las diez para Madrid, no sin conservar todos gratos recuerdos de tan delicioso sitio.

Es de V. atento amigo.

LUIS ORTEGA.

Madrid 4 de Febrero de 1867.

Sr. D. Marcelino Bautista.

Mi estimado amigo: He visto con placer en los últimos números del periódico, que trata V. de llamar la atención de las autoridades sobre el abuso que se comete respecto al pago de animales dañinos; abuso que está muy generalizado, causando grave daño á nuestra afición favorita y á la ganadería. En este país ha llegado á tal extremo, que una gran parte de las crías de borregos es destruida por las zorras, que abundan mucho, pues antes, que se pagaban como está mandado, había hombres dedicados casi exclusivamente á exterminarlas, y un año con otro morían 700 ó 900 zorras, mientras que hoy nadie se dedica á su persecución, y en el gran término de este pueblo abundan extraordinariamente: yo tengo un singular placer en cazarlas, como á las demás alimañas, y sin salir de un coto que tengo próximo á este pueblo, y donde no me dejan parar un conejo, maté con mi recoba y el guarda,

en la temporada pasada, 30 zorras, 15 garduñas, 12 tejones y otras tantas ginetas. En esta, que no he podido salir mucho, y que lo hago generalmente solo, llevo nada más que cinco zorras y 12 entre ginetas y gatos; pero espero que en cesando las lluvias he de matar muchas más: sin embargo, es tal su abundancia, que raro es el día que no echo cuatro ó cinco; sólo que siendo muy penascoso el terreno, se encierran y no es fácil sacarlas de todas las cuevas, máxime yendo solo.

Por lo que llevo dicho conocerá V. el daño que ocasiona la falta de cumplimiento á la ley indicada, pues faltos del aliciente del pago, los cazadores de oficio y los demás que por ganar el dinero se dedicaban á esa caza, no lo hacen, y los que por afición, como yo, se dedican á ella, no podemos matar tantas, porque nuestra diversion consiste en correrlas con los perros y hacerlas salir de sus cuevas, resultando que de seis que se encierran, siendo muy prácticos en el terreno y en esa clase de caza, sólo una ó dos se echan fuera.

Por eso veré con gusto que V. insista en hacer respetar la ley de caza en ese particular, y en el de respetar la veda y las propiedades acotadas, cosas desconocidas en este país.

Sube V. que puede disponer con toda franqueza de su afectísimo amigo

RODRIGO SANCHEZ ARJONA.

Fregenal 22 de Enero de 1867.

Sr. D. Marcelino Bautista.

Muy señor mío: Cada vez estoy más contento por hallarme suscrito á su apreciable periódico, que prefiero entre todos por su amenidad é importancia y por la extraordinaria afición que tengo á la caza.

Estos terrenos se encuentran muy castigados por cazadores corsarios, y están las piezas muy claras. Ayer 28 salí con el reclamo é hice una magnífica cacería, pues maté quince pájaros y una zorra, que no sé si por casualidad ó atraída por el canto del pájaro, entró á la plaza y la maté con perdigones como si fuera un ave. El sitio donde me hallaba era el llamado de la *Ubrezucla*, terreno áspero de sierra y con algunas matas de lentisco, donde se encuentra caza, porque á causa de su aspereza no entran en él los corsarios.

Deseo siga su restablecimiento y vea en qué pueda serle útil su amigo y seguro servidor Q. S. M. B.

A. M. SERRANO.

Casares 29 de Enero de 1867.

Sr. DIRECTOR DE LA CAZA.

Muy señor mío y querido amigo: Pálido aparecerá mi escrito después de los excelentes artículos que embellecen las columnas de LA CAZA, habiendo gustado, sobre todo, las últimas reseñas de monterías, atractivo tanto mayor para el que, como á mi me sucede, conoce á algunos de los cazadores que en ellas se citan. Pero como es un deber en todo aficionado el contribuir con noticias generales y de localidad á ese centro de donde emana el periódico, cuya continuación, si bien honra á sus inmediatos colaboradores, es también cuestión de amor propio para los aficionados españoles, por ser, según creo, el único que de su género poseemos, le dirijo estas líneas, que carecen de belleza de estilo, pero no de veracidad y buen deseo.

Tenemos un tiempo fatal para cazar: los furiosos huracanes que arrastra el Nordeste, tienen retraídos de salir al monte á la mayoría de los aficionados. A pesar de todo, y deseando pasear á nuestros perros, verificamos hace pocos días una corta escursion, aunque sin obtener resultados, lo que no nos extrañó, porque ya sabemos que en este país, donde con tanta abundancia se cria el *lojo*, no se encuentra una pieza en días de vendabal, creyendo se guarece en los tojales más espesos é impenetrables á los cazadores y sus perros. Estuvimos hablando con aldeanos de las cercanías, y nos aseguraron haber visto en diferentes sitios muchas alimañas, tales como lobos, zorros, turones y gatos monteses. Estamos preparando ya varias expediciones en su consecuencia; y el día en que el aldeano sepa que presentando aquellas, le es fácil su cobro, no dude usted que se dá un paso de consideracion en favor de la caza.

Trataré de demostrarlo: dejando aparte la importante consideracion del inmenso número de piezas que aquellas destrozan, es preciso conocer que existiendo en poder de dichos campesinos multitud de magníficos perros conocidos bajo el nombre de *palleiros*, que se hallan dotados de grandes vientos, firmeza en los rastros y sumamente acostumbrados al tojo, tratarian de la persecucion de las alimañas hasta descastarlas, con la esperanza del pago, y en lugar de cazar hasta las crías de perdices y conejos en tiempo de veda, que tienen que vender á bajo precio, introduciéndolas en la capital clandestinamente, seria su objeto constante la persecucion de aquellas, tanto por su mayor valor, cuanto por las dificultades de la venta de caza desde Abril á Octubre.

Esto, unido á la observancia rigurosa de la veda, que tenemos próxima, siendo de oportunidad su encarecimiento, conseguiria, á no dudar, el aumento de caza, y proporcionaria diversion á los aficionados y lucro á los especuladores una vez levantada la expresada.

Aves de invierno hay en abundancia: los bandos de aves frias y chorlitos son numerosos. Presenta algunas dificultades el tiro de patos, por lo mucho que se alejan y el mal estado del mar. Las chochas ó becadas tambien abundan este año, aunque se matan pocas por abrigarse en los pinares, donde su tiro es muy difícil por lo espeso de los pinos. Expediciones en proyecto muchas; pero el tiempo no las consiente.

Desea se realicen, para tener el gusto de comunicárselas, su afectísimo amigo y seguro servidor

AGUSTIN LOPEZ DE BLANCHAR.

Coruña 15 de Enero de 1867.

CRONICA.

El martes último se verificó en el tiro de pistola de la Fuente Castellana el ensayo de una carabina comun reformada por el sistema Gray y hecha en Eibar por armeros españoles. Al ensayo asistieron varios militares de alta graduacion y algunas personas distinguidas habiéndose hecho doce disparos por minuto. Segun los inteligentes el sistema de este arma es sumamente sencillo y seguro, pudiéndose asegurar que adiestrán-

dose en el manejo de esta carabina, los disparos por minuto podrán ser hasta 24 ó 30.

Nuestros estimados amigos y suscritores, que nos han escrito últimamente, nos dispensarán que no insertemos sus cartas, cuando no tienen otro objeto que dirigirnos galantes frases de aprecio.

Basta que nosotros agradezcamos y conservemos en el fondo de nuestro corazon sus afectuosas palabras.

Dicen de Bélgica que se nota una gran invasion de lobos en los bosques de aquel país. Atribúyese esta emigracion á la última guerra en Alemania. Espantados los lobos de los bosques de Bohemia por los movimientos de las tropas y el estruendo de las batallas, han buscado en Bélgica orden, paz y pasto diario.

En una batida que dió el 26 del mes pasado el señor marqués de Villadarias con varios amigos suyos en uno de los bosques de su posesion de Somorrostro (Vizcaya), fué cazado un jabalí que pesaba cuatro arrobas. Pocos días antes cazaron los mismos señores otro jabalí que pesó seis arrobas.

El 25 de Enero un conocido tirador de Valencia mató en la dehesa del lago de la Albufera una soberbia águila negra, que al parecer llegó á nuestro país huyendo de las abundantes y generales nieves del Norte. Esta magnífica pieza, que mide de extremo á extremo de sus alas una distancia de 14 palmos, la están disecando en la Universidad literaria de aquella capital para que vaya á enriquecer la coleccion de ejemplares que existen en el gabinete de Historia natural.

Leemos en un periódico:

«Una cacería bien extraña ha tenido lugar estas noches pasadas en las mismas calles de Paris. Un sugato de esta poblacion habia recibido una regular coleccion de animales vivos para trasportarlos al bosque de Corisy, que se está repoblando. Sin que pueda comprenderse cómo sucedió, una de las gamuzas que se destinaban á dicho objeto, pudo escaparse, viniendo á pasar por una calle inmediata. Un perro que la olió fué lo suficiente para introducir la alarma por todo el barrio. Perseguido el pobre animal por la infernal jauría que á cada paso se aumentaba, y que con sus gritos atraía á los vecinos, que tambien corrian tras de él con el deseo de cazarle, pudo salvarse introduciéndose en un jardin de la calle de Astorga, de donde fué preciso desalojar á los perros á latigazos y cerrar las puertas para poder apoderarse de la asustada gamuza y entregarla á su dueño.»

Por todo lo no firmado,

El Editor responsable, D. Domingo de Castro.

MADRID.—1867.

Imprenta de M. Tello, San Márcos, 26.



LA CAZA.



Tombo 17.

En de S. Gonzalez. 5.ª Clasa. 8.ª Ma. 17.

LLAMA

Jardin de achmatacion del bosque de Boulogne, en Paris.